

ciudad. Fuéronse entonces á Avila los confederados (1440), y allí levantaron y dirigieron al rey un acta solemne de acusacion contra el condestable don Alvaro de Luna, haciéndole gravísimos cargos, de los cuales eran los principales los siguientes: que tenia usurpado el poder real: que habia procurado siempre destruir los grandes del reino, desterrando á unos y matando á otros, queriendo hacerse soberano de todos «con gran soberbia y desordenada codicia;» que habia impuesto á los pueblos, fingiendo necesidades, grandes sumas de maravedís, y tomado para sí muchas cuantías y acumulando grandes tesoros; que habia usurpado arzobispados, obispados y otras dignidades eclesiásticas para sus deudos y amigos, embarazando las elecciones mas canónicas hechas en personas muy dignas; que habia dado oficios y mercedes sin hacer siquiera mencion del rey; que todas las alcaldías que vacaban las daba á sus criados, y aun á algunos extranjeros; que habia causado la muerte del duque don Fadrique, don Fernan Alonso de Robles y de otros muy grandes caballeros. Y por último, resumíanse todos los cargos y capítulos de acusacion en las siguientes notables cláusulas: «E muy excelente  
 »Príncipe, todos los que veen que Vuestra Señoría  
 »da lugar á cosas tan graves é tan intolerables y enormes é detestables, creen, segun lo que se conoce de  
 »la excelencia de vuestra virtud é discrecion, *quel*  
 »Condestable tiene ligadas é atadas todas vuestras po-

»tencias corporales é intelectuales por mágicas é diabólicas encantaciones, para que no pueda ál hacer  
 »salvo lo que él quisiere, ni vuestra memoria remiembre, ni vuestro entendimiento entienda, ni vuestra  
 »voluntad ame, ni vuestra boca hable, salvo lo que él  
 »quisiere, é con quien é ante quien, tanto que religioso  
 »de la órden mas estrecha del mundo no es ni se podría hallar tan sometido á su mayor, quanto lo ha  
 »seydo y es vuestra Real Persona al querer é voluntad del Condestable. E como quiera que muchos han  
 »yan seydo en el mundo privados de reyes é grandes  
 »príncipes, no es memoria, ni se lee que privado fuese osado de hacer las cosas en tanto menosprecio é  
 »desden é poca reverencia á su Señor, como este....»

El rey no dió contestacion á esta carta. Las cosas continuaron como si no existiera la concordia de Castroñuño, y los confederados dominaban en Toledo, Leon, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia y Guadalajara. Enabláronse nuevas negociaciones, y despues de haber hecho el rey juramento y pleito-homenage, igualmente que el de Navarra, el infante y el almirante, de estar á lo que los condes de Haro y de Benavente como árbitros propusiesen, quedó determinada la ida del rey á Valladolid, donde todos se juntaron. El primer cuidado del rey fué pedir seguro para don Alvaro de Luna, y diéronsele los de la liga amplio y cumplido por complacer al monarca. Pero ocurrió que un día despues

de un largo consejo que celebraron el rey don Juan, el de Navarra, el príncipe de Asturias, el infante don Enrique, el almirante y todos los grandes de la corte, el príncipe de Asturias, sin licencia del rey ni de la reina, se fué á la casa del almirante, dando en esto claro indicio de que el hijo mismo hacia defecion á la causa de su padre. Confirmóse esto mismo con la respuesta que luego dió, de que volveria á palacio cuando el rey hubiese alejado de su consejo y corte las personas que nombró. Hecho fué éste que produjo grande escándalo en la ciudad, y aun en todo el reino. Obraba el príncipe por instigación de un doncel llamado Juan Pacheco, que gozaba con él de mucha privanza. Triste idea y anuncio daba ya este príncipe de lo que habria de ser, rebelándose contra su propio padre so pretexto de guiarse por malos consejeros y validos, y entregado ya él mismo en edad tan temprana á la influencia de un privado. Sin duda con el fin de apartarle de tan peligrosa senda dispuso el rey su padre anticipar y apresurar el casamiento del príncipe con doña Blanca de Navarra, con quien estaba ya desposado. Traida, pues, la infanta á Valladolid, celebráronse las bodas en medio de alegres y magníficas fiestas, de danzas, saraos, banquetes, cañas, torneos, monterías, corridas de toros, mogi-gangas, cruzándose riquísimos y suntuosos regalos: que si el reino ardía en bandos y gemía en el mas espantoso desórden, en punto á alegrías y á festejos y

á esplendidez, no cedia á ninguna la corte de don Juan II. Turbó el regocijo de aquellas bodas la circunstancia de haberse dicho que la ilustre princesa habia quedado doncella, y «tal cual nació», como dice la crónica (1).

Aun no se habia apagado del todo el clamoreo de las fiestas públicas, cuando una cadena de calamidades vino á reemplazar en los pueblos de Castilla aquella alegría momentánea. El príncipe de Asturias don Enrique, siguiendo siempre las inspiraciones de su íntimo privado el doncel Juan Pacheco (2), se declaró ya en abierta rebelion contra el rey su padre, y se unió á los infantes de Aragon y á los de su parcialidad. Estos enviaron una carta de desafio al condestable don Alvaro, «como á capital enemigo, disipador y destruidor del reino, y que desataban y daban por ninguna cualquier seguridad que le hubiesen dado, lo cual hacian porque veian, y á todos era notorio, que siempre la voluntad del rey estaba sujeta al condestable, é que se guiaba é gobernaba por su consejo, asi en ausencia como en presencia.»

(1) Crón. de don Juan II., página 411.—En aquellas justas murieron algunos caballeros y salieron heridos otros, á causa de que las lanzas con que lidiaban llevaban puntas de hierro acerado.— Por aquellos dias (setiembre, 1440) murió el adelantado mayor Pedro Manrique, cuya prision habia motivado todas aquellas alteraciones y turbulencias.

(2) Era hijo de Alfonso Tellez Giron, señor de Belmonte: habiale puesto el condestable don Alvaro al lado del príncipe, el cual llegó á amarle tanto, «que ninguna cosa hacia mas de cuanto él mandaba.» De modo que la situacion del infante para con don Juan Pacheco era la reproduccion de la de su padre el rey don Juan para con don Alvaro de Luna.

Hasta la reina misma de Castilla se adhirió á sus hermanos, juntamente con la de Navarra; y el infante don Enrique de Aragon se fué á Toledo, cuya ciudad y alcázares le franqueó el gobernador Pedro Lopez de Ayala contra el espreso mandamiento del rey. Despues de repetidas é infructuosas exhortaciones y cartas del monarca á los conjurados para que depusieran las armas y volvieran á su obediencia, se encendió la guerra civil en Castilla (1441). El almirante y varios caballeros de su bando entraron á sangre y fuego por las tierras del condestable. Peleábase todos los dias y en todas partes entre las gentes que seguian al rey de Castilla y al condestable don Alvaro, y las que acaudillaban el rey de Navarra, su hermano don Enrique, el príncipe de Asturias, el almirante y los condes de su parcialidad. Hallándose el rey en Medina del Campo cercáronle todos los conjurados; el condestable acudió á defenderle: algunos de la villa abrieron una noche las puertas al de Navarra y demas caudillos de la confederacion. El rey saltó de la cama, se armó de repente y se presentó en la plaza de San Antolin: siguiéronle don Alvaro de Luna, el arzobispo de Toledo su hermano, y los prelados y caballeros que se mantenian fieles al monarca y su favorito. La entrada de los conjurados en número de mas de cinco mil produjo un combate mortífero en las calles de Medina. Don Alvaro de Luna peleaba valerosamente alli donde era mayor el peligro; bien

que el peligro mayor era siempre donde él estaba, porque era el objeto principal de la saña de los confederados y todos cargaban furiosamente sobre él. Convencido el rey de que era inútil é imposible la resistencia, requirió por tres veces á don Alvaro que se retirase; obedeció al fin el valido, se despidió del rey, y pudo ganar una salida rompiendo denodadamente con sus mas adictos caballeros por entre las lanzas de la gente del almirante. Quedó el rey don Juan solo con quinientos ginetes. Con la salida del condestable cesó la lucha. Luego que los conjurados vieron al rey solo, el de Navarra, el príncipe, el infante don Enrique, el almirante, todos los caudillos abatieron sus pendones y se acercaron respetuosamente á besarle la mano. La reina y el príncipe lanzaron de la córte á todos los adictos del condestable, y al dia siguiente salieron de Medina el arzobispo de Sevilla, el obispo de Segovia don Lope de Barrientos, varios caballeros y todos los oficiales puestos por el valido (4).

Terminada de este modo, al menos por entonces, la lucha, dió el rey don Juan amplios y cumplidos poderes á la reina su esposa, al príncipe don Enrique su hijo, al almirante don Fadrique y á don Fernan Alvarez de Toledo conde de Alva, para que juzgasen y fallasen en conciencia el pleito y contienda entre el

(4) Crón. de don Juan II., pá- tulo 48.  
gina 436.—Id. de don Alvaro, ti-

condestable don Alvaro de Luna, y el rey de Navarra y los demas caballeros de su parcialidad, haciendo juramento de estar á lo que estos jueces determinasen. Este singular tribunal, en que entraban como jueces algunos de los principales contendientes, pronunció su sentencia contra el condestable, condenándole á no ver al rey en seis años, ni á escribirle ni enviarle mensage alguno, debiendo residir en uno de los pueblos de su señorío, prohibiéndole hacer confederaciones y levantar soldados á sueldo, sino es los continuos que acostumbraba á tener en su casa, para cuyo cumplimiento daría en rehenes su hijo don Juan y nueve castillos en el término de treinta días. A igual pena, poco mas ó menos, se condenaba á su hermano el arzobispo de Toledo. Todos los empleos y mercedes otorgadas de tres años atrás se sometían á una severa revision, se licenciarian las tropas, y se dejarían libres las ciudades, villas y fortalezas del rey tomadas y embargadas por los confederados. Esta sentencia, solemnemente promulgada, fué comunicada por el rey con la propia solemnidad á todas las ciudades del reino, acompañando una relacion de todos los sucesos que la habían motivado. Así con muchas apariencias de respeto se despojaba al rey de sus derechos y prerogativas reales, de lo cual el rey don Juan se mostraba muy satisfecho.

Grande enojo recibió el condestable al saber la sentencia contra él fulminada; sin embargo reprimió

cuanto pudo sus iras, y procuró mover tratos con el rey de Navarra, con el almirante y con don Juan Pacheco, el privado del príncipe, cuyos tratos solo produjeron que los aliados se estrecharan mas entre sí para acabar de perderle, casando el rey don Juan de Navarra con doña Juan<sup>a</sup> hija del almirante, y el infante de Aragon don Enrique con doña Beatriz, hermana del conde de Benavente, uno de los magnates mas poderosos de la liga. Vistas la necesidades que á consecuencia de los pasados trastornos padecía el reino, llamó el rey los procuradores de las ciudades á Toro, donde él se trasladó (1442), y á solicitud suya, despues de muchas cuestiones y altercados, le otorgaron un servicio de ochenta cuentos de maravedís en pedidos y monedas, pagaderos en dos años; con lo cual despachó letras á todos los pueblos de la monarquía anunciándoles que el reino se hallaba en paz y concordia, y exhortándoles á que viviesen bien y sin cuestiones, debates ni parcialidades<sup>(1)</sup>. Entretanto el

(1) No obstante, si hubiéramos de dar fé al cronista Perez de Guzman en todo lo relativo á don Alvaro, hallándose el rey en Toro los partidarios del condestable comenzaron á hacer una mina que desde fuera de la ciudad entrase en el castillo donde celebraban sus consejos el rey, el de Navarra, el infante de Aragon y los demas caballeros, con el fin de que todos quedaran allí muertos cuando se liberaban: lo cual, añade, como fuese descubierto, dió gran causa de sospecha al rey de Navarra y al infante, y á todos los otros ca-

balleros, y el rey se partió de allí para Valladolid. Pág. 465. Esta noticia tiene para nosotros ciertos caracteres de inverosimilitud, así por la dificultad que presentaba hacer un trabajo de aquella naturaleza, hallándose la ciudad ocupada por los reyes y por los principales personajes enemigos y vencedores del condestable, como por no indicar el cronista, siendo tan minucioso en todo, que se hubiesen hecho ni castigos, ni proceso, ni averiguaciones siquiera acerca de los que intentaron ejecutar tan horrible atentado.

condestable, á quien faltó el apoyo de su hermano el arzobispo de Toledo que falleció á esta sazón<sup>(1)</sup>, vivía en su villa de Escalona esperando mejores tiempos, fiado en el cariño de su monarca, que parecía sentir su destierro aun mas que el mismo don Alvaro. De público lo mostró ya al año siguiente (1443), yendo á ser padrino y á tener en la pila bautismal á una niña que nació al condestable, y se llamó doña Juana. Este paso, unido á la desconfianza que siempre tenían del rey, disgustó y alarmó de nuevo al de Navarra y al almirante, que desde entonces le asediaron mas estrechamente, y tanto le vigilaban que llegaron á tenerle en Tordesillas como cautivo, rodeado de guardias, que se relevaban de dia y de noche, y de centinelas de vista que no le permitian ni salir de palacio ni hablar con nadie.

Pero una nueva intriga, conducida con sagacidad por el obispo de Avila don Lope de Barrientos, á quien los confederados habian cometido la indiscrecion de permitir volver á la corte, vino á rescatar al rey y al condestable, al uno de su cautiverio y al otro de su destierro, y á mudar de todo punto la situacion de las cosas y de los personajes. Aquel astuto prelado, antiguo amigo del condestable y maestro del príncipe, por sí y por medio del privado de éste, Juan Pacheco, logró persuadir al príncipe de Asturias, jóven mas

(1) Fué elevado á la silla toledana el arzobispo don Gutierrez de Sevilla.

débil que de mala intencion, la necesidad de libertar á su padre de la especie de prision en que el rey de Navarra y el almirante le tenían, y de restituírle el libre uso y ejercicio de su autoridad y reales preeminencias. Vino en ello el príncipe, y manejóse el prelado con tal destreza, que á pesar de la rigidez con que el rey don Juan era guardado, logró que se entendieran y concertáran secretamente el padre y el hijo. Trabajar en favor del rey equivalia á trabajar en favor de don Alvaro de Luna. Los viages del príncipe y sus idas y venidas no dejaron de infundir sospechas y recelos á los enemigos del condestable, con quienes frecuentemente tenia que verse y hablar el heredero del trono; pero á todo ocurría el diestro y hábil prelado, fingiendo que todas las negociaciones se encaminaban á los mismos fines de acabar de destruir al proscrito condestable (1444). Poco á poco el obispo de Avila hizo entrar en sus planes al nuevo arzobispo de Toledo don Gutierre, al conde de Haro, al de Castañeda, al de Alva, á Íñigo Lopez de Mendoza, y algunos otros magnates y grandes señores. Consiguió, finalmente con admirable habilidad, poner de acuerdo al príncipe, al rey, al condestable y á todos los que entraban en esta contra-liga. Y cuando le pareció sazón oportuna, hizo que el heredero de la corona alzara la voz proclamando la libertad del rey su padre: siguiéronle los demas caballeros, y reuniendo cada cual sus hombres de armas hasta tres mil lanzas y so-

bre cuatro mil peones, enderezáronse la vía de Burgos. El rey de Navarra y los de su parcialidad salieron de Tordesillas en pos de ellos: pronto se hallaron de frente unas y otras huestes; una sola acequia las dividía: parecía deber esperarse un choque sangriento, pero intervinieron algunos religiosos, y despues de muchas pláticas, el rey de Navarra, no esperando salir bien de la contienda, dijo que por escusar daños al reino dejaría al rey en su libre poder. El príncipe manifestó no querer aceptar ningún partido á menos que se diese libertad á todos los oficiales del rey. La noche suspendió estos tratos, y el de Navarra se aprovechó de su oscuridad para retirarse con su gente á Palencia.

En este intermedio, el rey con pretexto de una partida de cazase había evadido de su prision y acogídose á Valladolid. Inmediatamente pasó á saludarle y á informarle del estado de las cosas el activo y diligente obispo de Avila, y pronto se hallaron reunidos el rey, el príncipe, el condestable y todos sus nuevos libertadores. Intimidó de tal modo esta actitud al rey de Navarra, al almirante, al conde de Benavente y á Pedro de Quiñones que se hallaban en Palenzuela, que habido su consejo deliberaron, el rey de Navarra retirarse á su reino, y los demas caballeros de su bando partirse cada cual á sus lugares y fortalezas (julio, 1444). La retirada del de Navarra proporcionó á don Juan II. de Castilla apoderarse otra vez de to-

das las villas y señoríos que aquel monarca poseía en este reino. El príncipe heredero y don Alvaro de Luna marcharon en persecucion del infante don Enrique, á quien el adelantado de Murcia Alonso Fajardo había entregado la fuerte villa de Lorca, y el rey se fué á Medina del Campo, donde al fin del año se le reunieron el príncipe y el condestable despues de haber tomado al infante de Aragon gran parte de las villas y lugares del maestrazgo de Santiago.

Muy poco duró la satisfaccion de haber visto desaparecer del suelo de Castilla al monarca navarro. Este pegajoso huésped, que parecía descuidar su casa por el placer de revolver la agena, volvió pronto, protegido por el conde de Medinaceli y otros enemigos del condestable. No tardó en reunírsele su hermano, el infatigable y perpétuamente revoltoso infante don Enrique, y juntos avanzaban por las comarcas de Atienza, Torija, Guadalajara y Alcalá. Moviése inmediatamente en aquella direccion el rey don Juan de Castilla desde Medina del Campo (1445), en cuya marcha hubo de hacer algunas detenciones por las nuevas que sucesivamente recibió, primero de la muerte de la reina viuda doña Leonor de Portugal que se hallaba refugiada en Toledo, y seguidamente del fallecimiento de su esposa la reina de Castilla doña María en Villacastin. La circunstancia de haber fallecido casi de repente, y en tan corto espacio de tiempo estas dos reinas hermanas, que lo eran tam-

bien de los infantes de Aragon, hizo sospechar que les hubiesen dado yerbas, como en aquel tiempo se decía; y el cronista desafecto á don Alvaro de Luna no perdió la ocasion de hacer indicaciones nada favorables al condestable (1). El de Navarra con el infante su hermano avanzó por los puertos á su villa de Olmedo, cuyas puertas halló cerradas, y no pudo entrarla sin combate: el doctor Lafuente y otros dos caballeros, principales autores de la resistencia, fueron al siguiente dia degollados. El rey de Castilla, siempre en seguimiento del de Navarra, fijó su real en Arévalo. Los antiguos enemigos del condestable, el almirante don Fadrique, el conde de Benavente, el de Castro, Pedro Quiñones, todos los de la liga anterior fueron otra vez á incorporarse con el de Navarra, en Olmedo. En Arévalo estaban el rey de Castilla, el príncipe su hijo, el condestable don Alvaro, los condes de Haro y de Alva, don Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago, con otros varios prelados y caballeros, entre ellos el astuto don Lope de Barrientos, antes obispo de Avila, y recientemente nombrado de Cuenca.

Toda Castilla se hallaba otra vez en armas, y presagiábase ahora una gran lucha entre los dos bandos. El rey movió sus pendones hasta media legua de Olmedo. Entabláronse primeramente pláticas entre los dos campos: unos y otros salian á hablarse á una distan-

(1) Fernán Pérez de Guzmán, en la Crón. de don Juan II., p. 488.

cia intermedia, y se cruzaban proposiciones, insistiendo siempre los confederados en el destierro de don Alvaro de Luna, su capital enemigo, á quien llamaban tirano y destructor del reino, con cuya condicion protestaban que volverian á servir al rey con la lealtad debida. El hábil don Lope, obispo de Cuenca, tuvo ardid para entretener estas pláticas por espacio de muchos dias, hasta dar lugar á que llegára al campo del rey el maestre de Alcántara con su hueste. Entonces ya no se trató de avenencia, y alegráronse los del rey de que un dia, habiéndose acercado el príncipe su hijo á Olmedo, se retirára huyendo del infante don Enrique que habia salido á escaramuzarle. Sirvióles esto de pretexto para disponer la batalla, se enarboló el pendon real en el campo, y sonaron las trompetas y clarines por entre los pinares que elevaban sus altas copas en aquellas llanuras. Tomó el mando de la vanguardia el condestable don Alvaro de Luna, llevando consigo al mariscal de Castilla y lucida compañía de caballeros y donceles; conducian el segundo cuerpo Iñigo Lopez de Mendoza y el conde de Alva; en el tercero iba el rey don Juan II. de Castilla con el pendon real, acompañado del arzobispo don Gutierre de Toledo y de los condes de Haro, de Santa Marta y de Rivadeo. El maestre de Alcántara, el comendador mayor de Calatrava, el obispo de Sigüenza don Alfonso Carrillo, el de Cuenca don Lope Barrientos, el privado y mayordomo mayor del príncipe don Juan

Pacheco, con otros muchos nobles y caballeros ilustres capitaneaban las compañías ó tropeles, como se decia entonces, que formaban las alas de cada cuerpo.

Llamaba la atencion la gente del condestable por el lustre de sus armas y el gusto en los arreos de sus personas y caballos. Llevaban los mancebos en sus celadas las joyas que sus damas les habian regalado, algunas de ellas guarnecidas de perlas y piedras de gran valía. Ostentaban algunos en sus cimeras cabezas y figuras de bestias salvages, penachos y plumages de diversos colores, cayéndoles á algunos como alas sobre la espalda; otros se distinguian por sus divisas de diferentes y caprichosas invenciones. En los arneses y en las guarniciones de los caballos brillaban á los rayos del sol chapas doradas y plateadas con varios emblemas: cubrian los cuellos de los caballos mallas de acero y de algunos colgaban campanillas y cascabeles de oro y plata ensartados en cadenas de los mismos metales, cuyo ruido unido al de las trompetas y clarines y al de los relinchos de los soberbios alazanes, inspiraba una alegría guerrera. Salieron de Olmedo las huestes de los confederados y dió principio el combate; el rey de Navarra y el conde de Castro hicieron frente al príncipe de Asturias; el infante don Enrique de Aragon, el almirante, el conde de Benavente y Pedro de Quiñones acometieron la batalla del condestable: el maestre de Alcántara acudió en socorro del príncipe: reforzaron al condestable

Iñigo Lopez de Mendoza y el conde de Alva. De una y otra parte se peleaba con bravura, y la victoria estuvo indecisa algun tiempo; pero comenzó á flaquear la gente del de Navarra, y al ver volver la espalda á los enemigos cargó sobre ellos el condestable con sus brillantes compañías y acabó de desbaratarlos. El triunfo fué completo (29 de mayo, 1445). Entre muchos nobles prisioneros lo fueron el almirante don Fadrique y su hermano, el conde de Castro y su hijo, y el valiente Pedro de Quiñones, que recobró su libertad valiéndose de una ingeniosa estratagema<sup>(1)</sup>. Salieron heridos el infante don Enrique de Aragon en una mano, y el condestable en un muslo. El rey don Juan mandó erigir una ermita en el sitio del combate con la advocacion de Sancti Spiritus de la Batalla, con la competente dotacion para algunos religiosos eremitas.

El resultado inmediato del célebre triunfo de Olmedo fué que los dos hermanos, el rey de Navarra y el infante don Enrique, enemigos irreconciliables de don Alvaro de Luna, se retiráran á Aragon; y lo que fué todavía mejor para el condestable, el bullicioso infante de Aragon murió en Calatayud de resultas de

(1) Llevábale preso un escudero, y en el camino le dijo: *«yo voy muy ferido; pidovos por merced que me quiteis esta celada que me mata.»* El escudero le creyó, y como para quitarle la celada soltase la espada que llevaba en la mano y la tomase don Pedro de Quiño-

nes, dióle con ella un mandoble que le cruzó el rostro: el escudero no atendió ya más que á su herida, Quiñones puso espuelas al caballo y se salvó á todo correr.— Cron. de don Juan, pág. 493.—Id. de don Alvaro, tit. 56.



la herida de la mano, ó porque se le enconase con la fatiga, ó por haberle puesto arsénico en la llaga. El rey de Castilla llevó su real á Simancas, y el condestable, á quien su herida no le permitía cabalgar, fué trasportado á hombros en unas angarillas. Fuese el rey apoderando otra vez de todas las villas y castillos de los magnates rebeldes<sup>(4)</sup>. A don Iñigo Lope de Mendoza le hizo marqués de Santillana y conde del Real, marqués de Villena á Juan Pacheco, el privado del príncipe, y tan luego como supo la muerte del infante don Enrique de Aragon, mandó á los priores y comendadores de Santiago que nombraran gran maestro de la orden á don Alvaro de Luna, y á los de Calatrava que diesen el maestrazgo al doncel don Pedro Giron, hermano de don Juan Pacheco, el nuevo marqués de Villena, privado del príncipe, en reemplazo del hijo del rey de Navarra, á quien se le despojó por rebelde. De este modo se iban repartiendo las mas pingües dignidades entre los favoritos y

(4) Fueron estas principalmente Medina de Rioseco, Torrelobaton, Bolaños, Aguilar de Campos, Villalon, Mayorga y Benavente. Algunas opusieron resistencia, y fueron tomadas á fuerza de armas. El alcaide del castillo de Burgos tambien anduvo remiso en entregar al rey aquella fortaleza. Rindiéronse igualmente varias villas que aun se mantenian por el infante don Enrique de Aragon, como Alburquerque, Azagala y otras. De entre las que conservaban los capitanes del rey de Navarra la

que opuso mas larga y tenaz resistencia fué Atienza, defendida por el valiente Rodrigo de Robledo. Este caudillo sostuvo un largo cerco y muchos combates contra casi todas las fuerzas del rey de Castilla y del condestable. Cuando el rey entró en ella la hizo incendiar toda. Estos sucesos parciales ocupan muchas páginas en las crónicas, y la de don Alvaro de Luna refiere con gran prolijidad y complacencia todos los hechos de su héroe en el cerco de aquella villa.

sus deudos, y don Alvaro de Luna, despues de sus destierros y de las borrascas pasadas, habia recobrado todo su ascendiente é influencia, y se hallaba en el apogeo de la opulencia y del poder.

De tal manera volvió á dominar el condestable el ánimo del débil monarca, que nada obraba éste, ni nada resolvía sino lo que queria el condestable, que le tenia como encantado. Y como don Alvaro tuviese particular amistad con el regente de Portugal, duque de Coimbra, no solamente hizo que viniese á Castilla el condestable de aquel reino con un auxilio de mil doscientos hombres de armas, cuatrocientos ginetes y sobre dos mil peones, cuando menos se necesitaban y contra el parecer de los grandes de la córte, sino que se atrevió á negociar y concertar por su cuenta y sin conocimiento de su soberano el matrimonio del rey, viudo de cinco meses, con la infanta doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal. Calculaba don Alvaro que siendo él quien elevase á aquella princesa á reina de Castilla, y debiéndole ésta toda su grandeza, le seria, siquiera por reconocimiento, tan adicta como el rey mismo. Aunque desagradó á don Juan, cuando lo supo, que negocio tan grave se hubiese tratado sin su consentimiento, mucho mas cuando él deseaba casarse con la hija primogénita del rey de Francia, no tuvo valor para oponerse á la voluntad del favorito, y el enlace con la infanta portuguesa recibió la aprobacion real.